

«La prosa adrenalínica de Kurson te arrastra.» *The New Yorker*

ROBERT KURSON

TRAS LA
SOMBRA
DE UN
SUBMARINO



UNO DE LOS MISTERIOS MÁS INSONDABLES
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

PENÍNSULA

Tras la sombra de un submarino

Uno de los misterios más insondables
de la Segunda Guerra Mundial

Robert Kurson

Traducción de Eduardo Hojman

Título original: *Shadow Divers : The True Adventure of Two Americans Who Risked Everything to Solve One of the Last Mysteries of World War II*

© 2004 by Robert Kurson

This translation published by arrangement with Random House, an imprint and division of Penguin Random House LLC

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2004
Primera edición en esta presentación: enero de 2022

© de la traducción del inglés, Eduardo Hojman Altieri, 2022

© de la ilustración de las páginas 8 y 9, David Lindroth, Inc.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 19.732-2021
ISBN: 978-84-1100-039-0



Índice

Nota del autor	13
1. El cuaderno de bitácora	21
2. Visibilidad nula	50
3. La silueta del poder	79
4. John Chatterton	115
5. Profundidades increíbles	153
6. Richie Kohler	192
7. El cuchillo de Horenburg.	223
8. Coordenadas vacías.	267
9. Una carga muy pesada	298
10. La manipulación de la historia	340
11. Un mensaje perdido	362
12. No regresaremos	390
13. Nuestro momento	427
14. Corredor en círculos.	456
15. Un plan audaz.	463
Epílogo.	481
Documentos y fotografías	499
Nota sobre las fuentes	509
Agradecimientos	521

El cuaderno de bitácora

Brielle, Nueva Jersey; septiembre de 1991

La vida de Bill Nagle cambió el día en el que un pescador se sentó a su lado, en un destartado bar, y le habló de un misterio que había encontrado en el fondo del océano Atlántico. A pesar de sus primeras reticencias, aquel pescador le prometió a Nagle que le explicaría cómo hallarlo. Quedaron en encontrarse a la mañana siguiente en el desvencijado muelle de madera donde estaba amarrado el barco de Nagle, el *Seeker*,¹ un navío que Bill había construido para aprovechar la oportunidad de montar un nuevo negocio. Pero, a la hora convenida, el pescador no se presentó. Nagle recorrió una y otra vez el muelle, con cuidado de no meter el pie en las zonas donde las tablas se habían podrido y cedido. Había pasado gran parte de su vida en el Atlántico y sabía reconocer el momento en que algo estaba a punto de pasar. Por lo general, aquello ocurría antes de una tormenta o cuando algún barco se rompía. Ese día, sin embargo, supo que algo iba a suceder incluso antes de que el pescador le entregara un pedazo de papel con una serie de números manuscritos que le guiarían al misterio sumergi-

1. *Seeker* es una palabra inglesa que significa «buscador». (N. del e.)

do. Aquella mañana, Nagle escudriñó el muelle. No había nadie. El viento salado soplaba contra el pequeño pueblo costero de Brielle, balanceando los barcos y rociando los ojos de Nagle con gotas del Atlántico. Cuando la bruma se disipó, volvió a mirar. Aquella vez sí pudo ver a un hombre acercándose con un pequeño trozo de papel arrugado en la mano. Parecía preocupado. Como Nagle, el pescador había vivido en el océano y también sabía cuándo la vida de un hombre estaba a punto de cambiar.

Con los susurros del inminente otoño, el brillo de Brielle desaparece y solo queda el Brielle real, el Brielle de sus habitantes. Este pequeño pueblo de la costa central de Nueva Jersey es el lugar donde viven los pescadores y los capitanes de los barcos, donde algunas tiendas permanecen abiertas para los vecinos, donde los niños de quinto curso reparan las dragas de vieiras. Es el lugar donde los gorriones y los aspirantes y los fracasados y aquellos que ya dejaron atrás su momento de gloria siguen creyendo en el mar. En Brielle, cuando los clientes se marchan, salen a la luz las arrugas del pueblo, y estas resultan ser del tipo de muescas marcadas por la sutil diferencia entre ganarse la vida en el agua o mojarse.

El Seeker destaca entre los otros barcos amarrados al muelle de Brielle, no solo por sus casi veinte metros de eslora, sino también por la sensación —que puede percibirse en su magullado casco de madera y en las mellas de sus hélices— de que ha recorrido mundo. Concebido por la imaginación de Nagle, el Seeker se construyó con un único propósito: transportar a submarinistas hasta los pecios más peligrosos del océano Atlántico.

En aquel entonces, Nagle tenía cuarenta años; era un hombre delgado y muy bronceado que había sido Vende-

dor del Año en Snap-On Tools. Nadie que lo viera allí, esperando al pescador, con una camiseta andrajosa y sandalias compradas en una tienda de ropa usada, entorpecido por la compañía perenne de un trago de Jim Beam, podría adivinar que Bill había sido un artista; que, en otra época, Nagle había sido uno de los grandes.

A los veinte años ya era una leyenda del submarinismo, un niño prodigio en un deporte que, con frecuencia, mata a los jóvenes que lo practican. Por aquellos días, el buceo en naufragios seguía siendo territorio de aventureros. Había innumerables buques en el fondo del océano que aún no se habían encontrado, algunos de ellos famosos, y la cacería de los restos —con sus retorcidos metales y su historia truncada— era la actividad que daba alas a la imaginación de Nagle.

Los submarinistas del nordeste jamás pensaban en el botín cuando se sumergían en el Atlántico en busca de algún pecio. En aquella zona no se había hundido ningún galeón español cargado de doblones de oro y monedas de plata y, aunque hubiera ocurrido, a Nagle no le hubiera interesado. Su predilección eran las líneas navieras de Nueva York y Nueva Jersey, aguas surcadas por cargueros, transatlánticos, buques de pasajeros y acorazados relacionados con los negocios y la supervivencia de Estados Unidos. En ocasiones, entre los restos se encontraba alguna pieza poco común de porcelana o joyería, pero Nagle y los de su clase perseguían algo diferente. Ellos buscaban historias en los rostros —como pintados por Modigliani— de los buques destrozados, imágenes congeladas de las esperanzas de una nación o del instinto de un capitán agonizante o del potencial de un niño, y se enfrentaban a esas escenas sin la intervención de directores de museos, comentaristas ni historiadores, cara a cara con la vida tal y como existió en el momento en el que más importaba.

Y lo hacían para explorar. Muchos de los más profundos naufragios no habían vuelto a ser contemplados desde que sus víctimas los miraron por última vez, y seguirían perdidos, mientras la naturaleza los deterioraba, hasta que simplemente dejaran de existir. En un mundo en el que se había llegado a la Luna, el lecho del Atlántico seguía siendo un territorio salvaje e inexplorado, y sus pecios eran faros que alentaban a hombres como Bill a avanzar.

Había que tener unas pelotas de acero para hacer lo que Nagle hizo en su apogeo. En los años setenta y ochenta, los equipos de buceo todavía eran rudimentarios. Su composición apenas había avanzado desde 1943, cuando Jacques Cousteau ayudó a inventar el sistema de tanques y reguladores que permitió a los hombres respirar bajo el agua. Incluso a cuarenta metros de profundidad —el límite para el submarinismo recreativo recomendado por la mayoría de las academias de buceo—, un desperfecto menor podía matar al practicante más avezado. Tras la búsqueda de pecios, Nagle y los otros reyes del deporte llegaban a alcanzar profundidades de sesenta metros o más, casi como si rogaran a las fuerzas de la naturaleza que los pasaran a mejor vida, prácticamente exigiéndole a la biología que los abandonara. En los naufragios que tanto atraían a Nagle, la muerte era un acontecimiento habitual.

Incluso si el equipo y el cuerpo de Bill lograban sobrevivir a las profundidades del Atlántico, había otros peligros aguardándole allí abajo, capaces de terminar con su vida en un abrir y cerrar de ojos. Para empezar, se trataba de un deporte bastante reciente; no había conocimientos antiguos que pudieran transmitirse de padres a hijos, esa clase de experiencia colectiva que mantiene vivos a los buzos actuales. Los relatos aleccionadores del deporte —esos salvavidas que los submarinistas de hoy han aprendido tomando cer-

veza con sus compañeros y leyendo revistas y asistiendo a clases— fueron padecidos personalmente por Nagle cada vez que se sumergía a profundidades inhumanas. Si se encontraba ante alguna situación irrealmente espantosa —las cuales se presentaban de a miles en ese tipo de inmersiones—, lo más probable era que no hubiera constancia anterior de algo así. Cuando Bill y sus contemporáneos lograban sobrevivir, las revistas escribían artículos sobre ellos.

Pero Nagle fue aún más allá. A profundidades de más de sesenta metros, empezó a hacer cosas que los científicos no terminaban de creerse y a llegar a sitios a los que los submarinistas recreativos jamás habían llegado. Cuando alcanzaba el interior de un buque hundido a tal calado, solía ser el primero en verlo desde su naufragio, el primero en abrir la caja fuerte del comisario de a bordo desde que había sido cerrada, el primero en echar un vistazo a sus tripulantes desde que habían desaparecido bajo las aguas. Pero eso también quería decir que Nagle estaba solo. No disponía de mapas previos confeccionados por otros buzos. Si alguien hubiera estado allí antes, quizá le habría advertido: «No pases cerca de esa viga salida de la galera; se movió cuando nadé cerca, por lo que toda la sala podría ceder y sepultarte». Nagle tuvo que descubrir todo por su cuenta. Como suelen decir los buzos, una cosa es deslizarse a través de una oscuridad casi total por los laberintos retorcidos y destrozados de un naufragio, en el que cada sala es una trampa potencial de sedimentos revueltos y estructuras a punto de derrumbarse. Otra es hacerlo sin saber si alguien ha sobrevivido al intento.

El lecho del Atlántico seguía siendo un territorio desconocido durante la juventud de Nagle y exigía a sus exploradores la misma filosofía que el Salvaje Oeste había exigido de sus pioneros. Una única mala experiencia en un pecio

podía hacer que las almas más resistentes se dedicaran a actividades más razonables. Los primeros buzos, como Nagle, se encontraban con dicha clase de experiencias todos los días. Los que practicaban ese deporte como aficionados o turistas se esfumaban rápidamente: los que permanecían eran de una especie diferente. Tenían una perspectiva física del mundo y sus apetitos eran bruscos. No vacilaban en coger una almádena y arrancar a golpes un ojo de buey del lateral de un barco, incluso cuando la respiración agitada provocada por el ejercicio podía acelerar la narcosis de nitrógeno, una acumulación potencialmente letal en el cerebro de un gas que en cantidades menores es benigno. Bajo el agua, las reglas de la propiedad se deformaban como la luz; algunos submarinistas robaban objetos de las redes de otros, haciéndose eco del refrán que reza que «el dueño es quien lo saca a la superficie». Era habitual que las disputas se resolvieran a puñetazos, tanto en la cubierta de las embarcaciones como en las profundidades del mar. Los elementos recuperados de los naufragios se protegían como a un primogénito, en ocasiones a punta de cuchillo. Por lo que, en este sentido, los primeros buzos tenían algo de pirata en la sangre.

Pero Nagle no era así. En una época en la que el submarinismo era territorio de los músculos, Bill era un hombre consagrado a la mente. Devoraba textos académicos, obras de referencia, novelas, planos, cualquier material que pudiera encontrar sobre embarcaciones históricas, hasta que llegó un punto en el que habría sido capaz de estar en los astilleros de doce épocas diferentes construyendo barcos como uno más de los trabajadores. Conocía las partes de los buques, y le fascinaba la fuerza vital que surgía de la unión de las diferentes piezas. Esta percepción le dio a Nagle una visión bidireccional: así como entendía el naci-

miento de un barco, también comprendía su muerte. Por lo general, los buzos se encontraban con un pecio y veían la mezcla de acero y madera rota —el revoltijo de tuberías y cables— como una cacofonía de basura, un impedimento que quizás ocultaba una brújula o algún otro premio. Ponían el hocico en un punto escogido al azar y escarbaban como cachorros, esperando encontrar un hueso. Pero, ante la misma escena, Nagle reparaba los elementos rotos en su mente y veía el barco en toda su gloria. Uno de sus mayores hallazgos fue una bocina de bronce de un metro veinte de altura, una voz orgullosa que funcionaba a vapor y que había estado montada en el mástil del *Champion*, un buque de ruedas hidráulicas. La bocina era majestuosa, pero lo más hermoso del descubrimiento era que debajo del agua parecía una tubería sin valor alguno. Mientras nadaba entre los restos, Nagle pudo ver al barco quebrándose y hundiéndose. Conocía su anatomía y, al imaginar cómo se había roto, se dio cuenta de que la bocina habría caído justo en el sitio donde yacía una cañería aparentemente insignificante. Después de que Nagle recuperara dos timones del petrolero británico *Coimbra* en el mismo día (encontrar un solo timón en toda una vida ya era bastante infrecuente), colocaron su fotografía —junto a la de Lloyd Bridges— en el puente del timón del *Sea Hunter*, uno de los barcos de buceo más importantes de la época. Nagle tenía veinticinco años.

Para el joven, el valor de artefactos como esa bocina a vapor de bronce no tenía que ver con una cuestión estética o monetaria, sino simbólica. Le resultaba extraño que hombres adultos atesoraran tazas y platillos de té para exhibirlos —a modo de reliquias— en vitrinas. Para buceadores como Nagle, estas baratijas representaban la exploración, el deseo de salirse de los límites. Un telégrafo expuesto en

el salón de un buzo, por lo tanto, es mucho más que un objeto brillante, es una declaración que afirma: «Si alguien hubiera estado en el puente de ese buque antes que yo, no habría dejado este telégrafo».

No pasaría mucho tiempo hasta que el instinto de Nagle le condujera hasta el Andrea Doria, el monte Everest de los barcos hundidos. En 1956, el gran transatlántico italiano había colisionado con el Stockholm, un crucero sueco, en medio de una densa niebla, frente a la isla de Nantucket. Murieron cincuenta y una personas; 1.659 fueron rescatadas antes de que la embarcación se hundiera y se posara de lado a una profundidad de setenta y seis metros. El Doria no concordaba con los objetivos típicos de Nagle. Su ubicación era muy conocida y había sido explorado por muchos buzos desde el mismo día siguiente al naufragio. Pero atraía como una sirena a los grandes submarinistas. Incluso después de tantos años, seguía custodiando objetos tentadores: servicios de mesa de fina porcelana italiana pintados con el legendario logotipo del buque, cubiertos de plata, equipaje, azulejos de artistas famosos, tarrinas de peltre para servir helados, joyas, carteles. En los tiempos de Nagle, e incluso en la actualidad, un buzo podía explorar el Doria con la única preocupación de tener la resistencia suficiente para arrastrar a la superficie los premios que pudiera recuperar.

Pero si solo fueran riquezas lo que el Doria ofrecía, Nagle no se habría enamorado con tanto ímpetu de sus restos. El verdadero desafío era la exploración. El buque había naufragado de lado. Recorrerlo era más peligroso de lo que parecía. El buzo debía concebir el mundo de costado para entender que las puertas estaban en el suelo y el techo a la derecha. Además, se había hundido a un calado bastante profundo: 55 metros en la parte más cercana a la

superficie y 76,20 en el punto donde había golpeado el lecho del océano. En el Doria, algunos buzos se habían desorientado o se habían quedado sin aire o habían enloquecido por causa de la narcosis y habían muerto. La embarcación estaba en un lugar tan hondo, oscuro y peligroso que, décadas después del hundimiento, todavía quedaban cubiertas enteras sin explorar. Ese era el destino de Nagle.

Con el tiempo, Bill logró conquistar zonas del naufragio que eran consideradas completamente inaccesibles. La repisa de su chimenea se convirtió en un museo en miniatura del Doria. No tardó en plantearse encontrar la campana. La campana de un barco es como su corona, su voz. Para un buzo no existe premio mayor, y muchos de los grandes pasan toda su carrera sin ni siquiera acercarse a una. Nagle decidió que daría con la campana del Doria. Todos pensaban que estaba loco: a lo largo de treinta años, incontables submarinistas la habían buscado. Nadie creía ya que estuviera entre los restos.

Nagle se puso a trabajar. Estudió planos de cubiertas, libros de fotografías, cuadernos de bitácora. Luego hizo lo que pocos buzos hacían: ideó un plan. Necesitaría días, tal vez incluso una semana, para llevarlo a cabo. Sin embargo, ningún barco de submarinismo estaría dispuesto a llevar a un buzo hasta el Doria y esperarle durante una semana. De modo que Nagle, que había ahorrado bastante dinero con su empleo en Snap-On Tools, decidió adquirir su propia embarcación, un navío concebido con un único propósito: rescatar la campana del Doria.

Aquel barco fue el primer Seeker, un costero del Maine de casi once metros de eslora construido en Nueva Jersey por Henrique. En 1985, Nagle reclutó a cinco buzos de alto nivel, hombres que compartían su pasión por la exploración, y les planteó la siguiente propuesta: él llevaría al

grupo hasta el Doria y correría con los gastos. El viaje se realizaría con un objetivo específico: sumergirse y encontrar la campana.

Durante los primeros días de búsqueda, los buzos se ciñeron al plan de Nagle. No hallaron nada. La campana no estaba. Ante un panorama como ese, hasta los buceadores más experimentados se hubieran echado atrás. Un solo día en mar abierto en un barco de veinte metros de eslora provoca que cualquiera tenga la sensación de que le han dado la vuelta a sus intestinos como a un guante; Nagle y su gente llevaban cuatro días en lo que no era más que una bañera de once metros. Pero un hombre con una mente abierta no está dispuesto a ceder fácilmente. Nagle abandonó la proa del Doria, que él y su equipo ya habían explorado, y se centró en la popa. Allí tendría que guiarse por el instinto, improvisando en el naufragio más peligroso del Atlántico. Nadie había visitado la popa antes. Sin embargo, como Nagle y sus compañeros concebían el Doria como un único organismo viviente en vez de como trozos independientes de madera y acero de seis metros de largo, se tomaron la libertad de inspeccionar lugares inciertos.

El quinto día tuvieron suerte: encontraron la campana del Andrea Doria. La aparejaron, le quitaron el anillo con un mazo y mandaron el premio a la superficie valiéndose de una boya de flotación para objetos pesados. La noticia se propagó, cual onda de agua, por la comunidad de submarinismo. Según el pacto que habían acordado, Nagle era dueño de la mitad de la campana y los otros cinco poseían la otra mitad: se la quedaría el que viviera más de todos ellos. Nagle colocó la campana de casi setenta kilos en la parte trasera de la camioneta de su esposa y le pidió que se la llevara a casa. Pero, cuando la mujer llegó, la campana había desaparecido. Llamó a Nagle:

—¡No sé dónde está la campana!

A él casi le dio un infarto. Llamó a la patrulla de carreteras y preguntó:

—No habrán encontrado por casualidad una campana gigante en algún lado, ¿no?

Alguien había, de hecho, llamado a la policía para poner una denuncia, declarando haber «visto algo y no sé qué es, pero parece una gran campana y pone Andrea Doria». Nagle casi tuvo otro infarto. Recuperó la campana y la aseguró por cien mil dólares. Se convertía, así, en inmortal.

Al poco tiempo, una idea comenzó a calar en su mente. ¿Y si usaba el Seeker a tiempo completo como barco de submarinismo para transportar a buzos? Eso le permitiría ganarse la vida de la manera que más le gustaba.

—Quiero ser el tío que convierta esto en una profesión —les dijo a sus amigos.

Podría hacer media docena de viajes en el Doria cada año, y luego usar su tiempo libre para buscar el Carolina, el Texel, el Norness y el Pan Pennsylvania, grandes embarcaciones que, décadas después de su hundimiento, aún no habían sido halladas. Su esposa y sus dos hijos vivían en Pensilvania, pero en esa época él ya residía en Brielle; salía con otras mujeres y tenía un apartamento de soltero, a pesar de que su esposa mantenía la esperanza de que algún día volvería con ella, ocupándose mientras tanto de la educación de sus hijos —a quienes instaba a admirar a su padre— para que Bill pudiera llevar a cabo el negocio. Encargó un segundo Seeker, de casi el doble de longitud que el primero. Estaría equipado para transportar a los submarinistas hasta los grandes naufragios, esos que exigían un corazón pionero.

Casi desde el primer momento, Nagle tuvo dificultades para llevar adelante la empresa. Y no era porque le faltaran

clientes. Era porque él no podía soportarlos. Y esa es la clase de problemas que no se pueden tener en el negocio de los barcos de submarinismo. En una excursión de buceo, el verdadero trabajo del capitán consiste en hacer la pelota a sus clientes; en realidad, lo que desean los aficionados de fin de semana, esos que sirven para ganarse el pan, es generar un vínculo con un hombre de mar. Nagle había imaginado una interminable serie de viajes a pecios profundos y peligrosos como los del Doria o el Choapa. Pero sus clientes deseaban ir solo a los fáciles y cercanos, como el Stolt Dagali, el vapor Mohawk y el Tolten. Para Nagle, aquellas personas no eran submarinistas: eran turistas. Los observaba subir al Seeker con sus flamantes aletas verde lima —¡verde lima!— y escuchaba sus ridículos planes de hacer fotografías de langostas o de tocar el casco de un «verdadero» buque hundido y no podía disimular el desprecio que le inspiraban. Había creado su empresa con el objetivo de explorar, y ahora se veía atado a unos clientes a quienes les fascinaba precisamente no tener que hacerlo.

Nagle comenzó a beber. A Jim Beam tampoco le gustaban los clientes del Seeker. No pasó mucho hasta que Nagle empezó a tratar mal a sus pasajeros. Era común que los anegara en comentarios despectivos desde el puente del barco. Les gritaba cosas como «¡Esto no es bucear!», «¡Pandilla de novatos! ¡Id al Caribe con esas aletas verdes!» o «¡Los dependientes de las tiendas de submarinismo tienen que tener cojones para vender tamaña basura a estos incautos! ¡Qué estafadores!». Al final del trayecto, después de haberse pasado horas bebiendo, llegaba incluso a decir: «¡Sacad a estas malditas vacas de mi barco!». Sus amigos y los miembros de la tripulación le rogaban que no se comportara de aquel modo. «Bill, por el amor de Dios, no puedes hablarles así a tus clientes. ¡Esto es un negocio!» A Na-

gle no le importaba. Aquello no tenía nada que ver con bucear.

Su afición a la bebida se recrudeció. En uno de los trayectos decidió por su propia cuenta cambiar el rumbo y dirigirse a un pecio más difícil, un lugar que le interesaba más y que pedía a gritos ser explorado. Pero, con sus cuarenta y seis metros de profundidad, el naufragio superaba la capacidad de los buzos que viajaban a bordo. El hombre que había contratado el barco estaba indignado.

—¿Qué demonios haces, Bill? Se suponía que iríamos a un pecio de treinta metros. Mi grupo no puede sumergirse tanto.

Nagle gruñó:

—¡Tienes que enseñarles a estos tipos lo que es el buceo de descompresión! —Y entró en el puente lleno de furia.

Fin de la discusión. Nagle iría donde quisiera: no era ningún condenado taxista, no era un vendido, no estaba dispuesto a traicionar el espíritu del submarinismo. Pero cuando los años ochenta dieron paso a una nueva década, el alcohol comenzó a desdibujar el brillo de su talento. Adelgazó tanto que sus omóplatos parecían dos agujas; la piel se le puso amarillenta y el pelo greñudo y grasiento. Era la imagen misma del abandono. Todavía nadaba de una manera hermosa, como algunos grandes jugadores de baloncesto retirados siguen haciendo lanzamientos exquisitos en los partidos de veteranos. Pero los buzos experimentados notaban que las inmersiones de Nagle en el Doria eran menos exigentes, que ya no conseguía llegar a donde ningún otro hombre había estado antes. «Bah, solo debo ponerme en forma», balbuceaba a sus pocos amigos cercanos, los cuales descifraban la frase como «debo dejar de beber». En 1990, Bill hizo la que sería su última inmersión en el Doria; no se podía desafiar un pecio como aquel sin tener todas las

facultades al máximo y en el naufragio había cadáveres recientes que lo demostraban. Nagle seguía perdiendo clientes. Día tras día, contaba a las pocas personas que todavía respetaba cómo habían sido las cosas en los buenos tiempos, en la época en la que el submarinismo era algo importante.

Esta era su vida y su trabajo a finales del verano de 1991, cuando Brielle daba por terminada la temporada turística y regresaba al ritmo de sus habitantes perennes. Bill se había pasado gran parte de aquel día de agosto limpiando el *Seeker* y reflexionando sobre su pasado. Cuando el sol se estaba poniendo, recorrió el corto muelle, atravesó el aparcamiento lleno de baches y suciedad, y entró en un establecimiento que parecía que Dios había colocado allí para él. La Taberna del Puerto abría hasta tarde durante todo el año. Allí se servía Jim Beam. Nagle siempre tenía sed.

Nadie recordaba bien cuándo se empezó a conocer al lugar como la Taberna Terrible,² pero todos sabían por qué. Hasta los fumadores más empedernidos se ahogaban en el humo de los cigarrillos que, cual nube atómica, flotaba sobre el bar. El olor de los baños se colaba con impunidad en la pequeña cocina. Todo se pegaba a la piel. Los nombres de las novias de los pescadores ebrios estaban garabateados en las grasientas paredes. En una ocasión, el dueño decidió limpiar con agua años de nicotina acumulada. Contrató a una cuadrilla convenientemente equipada. Los operarios abrieron las mangueras. El agua hizo agujeros en la pared.

2. El nombre original de la taberna era *Harbor Inn*, aunque todos la conocían como *Horrible Inn*. Se ha decidido traducirlo del inglés para dar sentido al juego de palabras. (*N. del e.*)

Además, estaba la clientela. La Taberna Terrible no tenía muchos parroquianos, pero los fieles estaban allí siempre y eran todos de la zona. Motociclistas, pescadores, matones callejeros, mecánicos de embarcaciones, buscadores de naufragios; esos eran los habituales clientes desaseados de la taberna. Aquellos hombres —nadie se atrevería a llevar a una dama a un sitio como ese— no estaban interesados en las máquinas recreativas ni en el billar americano, y no cuestionaban el hábito del encargado de rellenar los platillos de cacahuets con los restos de otros platillos. Bebían cerveza y alcohol duro en vasos de plástico, donde luego apagaban los cigarrillos. Solía haber peleas. Nagle jamás se movía de la Taberna Terrible. Una vez corrió la voz por todo Brielle de que uno de los encargados lo había echado del local por conducta indecente. Nadie lo creyó. Lo que sonaba imposible no era la idea de que Bill se hubiera comportado mal; era la idea de que alguien pudiera hacer algo lo bastante indecente para que lo expulsaran de un sitio semejante.

Aquella noche, Nagle ocupó su sitio de siempre en el bar y pidió un Jim Beam. Y luego otro. Media hora más tarde, un capitán de un barco pesquero de treinta y ocho años, vestido con una camisa sucia, entró en la Taberna Terrible para pagar la cuenta del combustible. Todos lo conocían como Skeets. Hacía años que usaba el muelle y su barco estaba amarrado a pocos metros del Seeker. Su empresa era pequeña —solo llevaba cuatro o cinco pescadores por viaje—, pero le iba bien, lo que en el negocio del transporte de pescadores significaba dos cosas: sabía dónde estaban los peces y sabía mantener la boca cerrada.

Encontrar peces era, por supuesto, fundamental. Los clientes que contrataban barcas de pesca no repetían si el capitán los conducía a un desierto. Los tipos como Skeets

tenían que ser capaces de olisquear el aire, mirar el cielo y afirmar: «Caballeros, hoy huelo atún». Luego, el capitán debía llevarlos hasta allí, hasta pequeñas zonas registradas en cuadernos destartados que se guardaban en el cajón inferior del puente de mando. A veces, el lugar estaba cerca de la playa; otras, había que hacer un largo viaje lejos de la costa, hasta uno de los cañones. En la mayoría de los casos había que acercarse a las inmediaciones de un naufragio.

Para los pescadores, los barcos hundidos representan vida. Una masa de acero y madera en la que tal vez haya cuerpos humanos atrapados se convierte, inmediatamente, en una población de biología marina en el lecho del océano. En los pecios, la cadena alimentaria es modélica. Criaturas minúsculas se adosan a objetos sólidos. Esos seres atraen a los depredadores, que a su vez atraen a otros depredadores, y así sucesivamente. En poco tiempo, el naufragio se convierte en un ecosistema propio. Los pelágicos —peces que navegan por mar abierto como el atún, el bacalao y el abadejo— se acercan y engordan. Los capitanes de las embarcaciones pesqueras engordan todavía más.

Mantener la boca cerrada era igualmente esencial. Todos los capitanes de barcos de pesca tenían un libro de pecios públicos, con aquellos que todos conocían y limpiaban con regularidad. Pero los que importaban eran los naufragios secretos, ya que eran los que convertían a alguien en un verdadero capitán. En el transcurso de su carrera, un buen capitán de barcos de pesca como Skeets podía reunir un repertorio de una docena de buques hundidos que solo conocían él y unos pocos más. Tal vez hallara algunos al toparse con una elevación repentina mientras monitoreaba el fondo marino. Era posible que algún pescador jubilado, con quien él hubiera sido amable, le regalara una buena ubicación. Incluso podía haber intercambiado datos con

un capitán de confianza. Cuantos más naufragios conociera, más clientes solicitarían sus servicios.

Los capitanes de los barcos pesqueros protegían aquellos yacimientos secretos. Prohibían a sus clientes subir a bordo con equipos de navegación o incluso que entraran en el puente del timón, por temor a que dieran con las coordenadas de uno de ellos. Si, cuando estaba pescando, un capitán divisaba a lo lejos otro barco, levaba el ancla, se apartaba del sitio y esperaba hasta que el potencial espía pasaba de largo. Si alguna embarcación lo seguía desde el puerto, avanzaba en zigzag hacia ninguna parte y no pescaba nada hasta que el espía se marchaba. Debía mantenerse en estado de alerta constante para no arriesgar su modo de vida. Era conocida la historia de un capitán de la flota Viking, de Montauk. Aquel hombre les había cobrado una fortuna a dos hermanos para llevarlos de pesca. Se quedó dormido, los hermanos entraron de puntillas en el puente y grabaron en vídeo su libro de coordenadas. Un año después, lo único que lograba pescar el capitán eran las limosnas que le lanzaban los transeúntes en la estación de tren.

En las últimas temporadas, Skeets solía pescar en un lugar de los que solo aparecen una vez en la vida, ubicado a unos noventa y seis kilómetros de la costa de Brielle. Había dado con aquel sitio en un día de bruma mientras pescaba atún con el curricán, una técnica en la que el barco pesquero arrastra un sedal de monofilamento y cebos por el agua para imitar los movimientos de los calamares y otras carnadas. Como el barco siempre está en movimiento cuando se pesca con dicho aparejo, el capitán debe controlar en todo momento si hay otras embarcaciones cerca. Cuando hay niebla, se vale del radar. En aquella ocasión, Skeets no dejaba de mirar el suyo. Divisó otro barco en la pantalla. Pero la luz verde intermitente siempre aparecía

en el mismo lugar, lo que significaba que el barco estaba anclado. Para Skeets, aquello solo podía significar una cosa: el barco que veía en su radar estaba pescando en la zona de un naufragio.

Skeets viró a babor y puso rumbo hacia el barco anclado. Antes de que este pudiera reaccionar, Skeets ya lo había asaltado y tenía las coordenadas. Resultó que el barco pertenecía a un amigo, quien le transmitió un mensaje por radio: «No le cuentes a nadie lo de este sitio, Skeets. Jamás se lo digas a nadie. Es realmente especial».

Unos días después, Skeets regresó al lugar y descubrió algo glorioso: los pescadores no tenían más que lanzar los anzuelos y cardúmenes de gordos atunes, lubinas y bacalao saltaban a sus sedales. Lo mejor de todo aquello era que solo él y su amigo conocían el secreto, lo que significaba que podría volver cuando quisiera sin preocuparse de que otros capitanes agotaran el tesoro.

Pero, cada vez que regresaba, le sucedía algo extraño. A pesar de que disfrutaba con tanta abundancia, no podía dejar de preguntarse sobre el objeto que generaba aquel botín submarino. Era algo grande: lo deducía por la tosca mancha verde que aquella masa reflejaba en su sonda de profundidad. Estaba muy hondo, por lo menos a sesenta metros. Y era de acero: lo sabía por las manchas de óxido que a veces se pegaban a sus señuelos de pesca. Aparte de aquello, no podía adivinar nada más. Le picaba la curiosidad. Había algo en el yacimiento que despertaba sus instintos. Después de pasarse la vida en el mar, los pescadores desarrollan un sentido de lo que importa y lo que no. Para Skeets, aquel naufragio era importante.

Durante años, cada vez que Nagle se cruzaba con Skeets en el aparcamiento o lavando su barco o pagando el combustible en la Taberna Terrible, le preguntaba: «Dime,

Skeets, ¿no te has encontrado algún pecio que no conozca ningún submarinista?». Durante años, Skeets siempre le había dado la misma respuesta: «Lo siento, Billy; no». Pero, aquel día, Skeets miró a Nagle y sus palabras fueron diferentes.

—Billy, he pescado en un sitio increíble. Atún. Bacalao. En gran cantidad.

Nagle apartó la vista del fondo de su bourbon y levantó una ceja.

—¿En serio?

—Sí, Bill. A unos noventa y seis kilómetros de la costa. Y hondo, como a ti te gusta, quizás a unos sesenta metros. Hay algo allí abajo. Algo grande. Deberías comprobarlo. Me parece que hay algo realmente grande allí abajo.

Incluso después de varios Jim Beam, Nagle distinguía entre una exageración de puerto y un comentario sincero. Consideraba a Skeets un capitán excelente y conocedor del océano. No dudaba de su instinto. De todas formas, no podía ni quería pedirle las coordenadas. El único capital de un capitán es su reputación y pedírselas hubiera sido la peor de las transgresiones territoriales.

Skeets le hizo una oferta.

—Billy, estoy buscando un pequeño naufragio cerca de la orilla para pescar calderones y sé que tú sueles bucear por ahí. Dame las coordenadas y yo te daré las mías. Pero tienes que guardar el secreto. No puedes contárselo a nadie.

Nagle hizo un gesto de asentimiento.

Los dos hombres acordaron intercambiar las coordenadas al día siguiente, en el barco de Nagle. Aquella noche, Bill no pudo dormir. El encuentro le ponía nervioso. Al día siguiente estuvo listo con una hora de anticipación y se dedicó a recorrer de arriba abajo la dársena de madera podri-

da que llevaba al Seeker. Los instintos perturbaban cada rincón de su cuerpo. El encuentro tenía que ver con algo más que con un objeto en el fondo del mar. El encuentro tenía que ver con un cambio de marea.

Cuando Skeets por fin apareció, Nagle lo invitó al puente del Seeker. Los hombres se quedaron de pie en el minúsculo compartimento, rodeados por el equipo de navegación que recorría las paredes, por una botella semivacía de Jim Beam y por el arrugado saco de dormir —decorado con dibujos de indios a caballo— que Nagle había usado desde que era un muchacho. Se miraron a los ojos.

—Bill, debo aclararte una cosa —le previno Skeets—. El sitio este que he encontrado me da mala espina. Esa parte del océano es una zona mala, una zona muy peligrosa. Está en una pequeña depresión, hay un risco, una corriente que viene desde la plataforma continental, el agua se mueve mucho...

—Bah, no te preocupes, Skeets...

—En serio, Billy, es un mal lugar. Tu equipo tiene que estar formado por buzos de primer nivel. Incluso sin viento y con el agua en calma, el barco avanza a tres nudos. Tú sabes lo que eso significa, lo peligrosas que son las corrientes submarinas. Y está profundo. Creo que, por lo menos, a sesenta metros. Yo no sé nada de buceo, pero ten cuidado con tu gente.

—Sí, Skeets, ya lo sé, ya lo sé. No te preocupes. Venga, intercambiamos las coordenadas.

Ninguno de los dos pudo hallar un papel limpio. Nagle metió la mano en el bolsillo y sacó dos servilletas de la Taberna Terrible. Le escribió los números a Skeets: una pequeña madriguera de calderones al sur del saliente de Seaside, poco más que un montón de rocas donde había buena pesca. Luego, Skeets comenzó a copiar sus diferenciales

temporales del sistema Loran-C sobre una mancha de grasa de cacahuete que había dejado la mano de Nagle. Se supone que los capitanes no deben revelar los lugares especiales. Pero Nagle podría decirle qué había allí abajo; Skeets no conocía a nadie más capaz de sumergirse hasta sesenta metros de profundidad. Y, además, le parecía una persona decente; no creía probable que vendiera o pasara las coordenadas a un barco pesquero rival.

Skeets le entregó la servilleta.

—Guarda el secreto —le recordó a Nagle—. Y, por el amor de Dios, ten cuidado.

Salió del puente, bajó por los empinados peldaños de madera blanca y regresó al muelle y a su barco. Bill siguió sus pasos poco después, con un bolígrafo en una mano y la servilleta bien aferrada en la otra. Entró en la Taberna Terrible y pidió un Jim Beam. Luego comenzó a transcribir los números de Skeets en código en una nueva servilleta. Nagle tenía un cuaderno de coordenadas en el Seeker, pero era público: «Puedes robarlo si quieres, cabrón hijo de puta». Pero era su cartera la que estaba reservada. Aunque alguien lo matara y se la quitara, aquellos números no significaban nada sin el código, y Nagle jamás se lo había explicado a nadie. Dobló la nueva servilleta y la guardó en la cartera, la caja fuerte de sus sueños. A continuación, llamó a John Chatterton.

Si Nagle se veía a sí mismo en otro buzo, ese era John Chatterton, un submarinista profesional alto, apuesto y de fuertes rasgos, cuyo vozarrón y acento de Long Island se habían convertido en la banda sonora de las inmersiones en busca de naufragios más importantes de la época. Durante el día, Chatterton realizaba tareas de construcción

subacuática en el área de Manhattan, de las que se hacían con un casco de bronce y un soplete Broca de diez mil grados. Los fines de semana organizaba algunas de las inmersiones en naufragios más ingeniosas y atrevidas que jamás se hubieran ejecutado en el litoral oriental. Cuando Nagle miraba a Chatterton a los ojos, se veía a sí mismo en su mejor momento.

Se habían conocido en 1984 a bordo del Seeker. Chatterton no tenía un especial interés en el destino fijado para aquel día: se había inscrito solo para observar a Nagle, la leyenda. Tiempo después, Chatterton contrató el Seeker para llegar a la torre Texas, una antigua plataforma de radar de la fuerza aérea situada a unos 113 kilómetros de la costa. La torre se había hundido en 1961 durante una tormenta y ningún miembro de la dotación había sobrevivido. La parte inferior estaba clavada en la arena a sesenta metros de profundidad, lo que la convertía en una inmersión demasiado peligrosa para cualquiera salvo para los submarinistas más avezados. Pero la parte superior podía explorarse con facilidad, puesto que se encontraba a veinticinco metros, una profundidad apta para todos los buzos de aquel viaje.

Uno de los hombres se puso arrogante. Tenía la reputación de creerse un pez gordo, y nadie se sorprendió cuando diseñó un plan para sumergirse hasta el fondo. Un rato después, las olas entonaron una de las tragedias más antiguas del buceo en naufragios. El hombre se obsesionó con quitar una ventana de bronce. Le quedaba poco aire, pero intentó, de todas formas, terminar la tarea. Se ahogó. A tanta profundidad, las cosas suceden así de rápido.

Ahora había un cadáver en el fondo de un pecio muy peligroso. Alguien debía ir a buscarlo. Esa era una de las tareas de Nagle; por lo general, él o uno de sus asistentes

—sus compañeros— se sumergirían para recuperar el cuerpo. Pero acababan de terminar sus propias inmersiones y no podían regresar al agua hasta que sus cuerpos expulsaran el nitrógeno acumulado, un proceso que llevaba varias horas.

Chatterton se ofreció voluntario. Un buzo que no conociera el fondo podía perderse con facilidad y no encontrar jamás el camino de regreso al Seeker, de modo que Nagle le preguntó si conocía la accidentada topografía de la torre hundida.

—La verdad es que no, pero voy a ir igualmente —respondió Chatterton.

La respuesta le resultó a Nagle muy significativa.

Chatterton llegó al fondo de la torre Texas y efectuó un reconocimiento. No tardó mucho en encontrar al buzo. «No se le ve tan mal para estar muerto», pensó. Ató las botellas del hombre a una boya de flotación para noventa kilos y la hinchó con aire hasta que el cuerpo inició el ascenso a la superficie. Por si acaso, ató una bobina de sedal desde el cadáver hasta el naufragio; de esa forma, si algo salía mal, seguiría habiendo una forma de encontrarlo.

Algo salió mal. Durante el ascenso, la veloz disminución de la presión del agua hizo que el aire que había dentro del traje del buzo comenzara a expandirse, y el cuerpo se convirtió en una versión fallecida del hombre Michelin. Cuando apareció en la superficie, una ola gigantesca derribó la boya de flotación y el buzo volvió a hundirse hasta el fondo. Estaba a punto de anochecer, por lo que era muy arriesgado que cualquiera volviera a sumergirse.

Chatterton se ofreció a recuperar el cuerpo a la mañana siguiente. Para Nagle, aquello resultó todavía más significativo. El Seeker pasó la noche en alta mar; todos desayunaron Doritos. Chatterton volvió a encontrar el cuerpo. En aquella ocasión, el pobre tipo no tenía tan buen aspec-

to. Había perdido los párpados y se le veían los dientes; se había convertido en lo que los buzos conocían como «un monstruo marino». Nagle sacó el cuerpo del agua cuando este salió a la superficie.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo a Chatterton—. Eres un buen buzo.

Después de aquel episodio, Nagle y Chatterton se hicieron amigos. En poco tiempo, Chatterton pasó a formar parte de la tripulación del Seeker. En 1987 hizo su primer viaje al Doria. Nadó por la zona, pero nada más. Aquel barco hundido le pareció tan peligroso, tan terrible, que prometió no regresar jamás. En ese mismo viaje, Nagle recuperó un cartel de madera de noventa kilos que rezaba «NO SE ACERQUEN A LAS HÉLICES», el más hermoso que Chatterton hubiera visto jamás. Estrechó la mano de Nagle, le agradeció la oportunidad y le dijo:

—Bill, he llegado a la cumbre de la montaña. Una vez es suficiente.

Sin embargo, Nagle sabía que el asunto no terminaría ahí. Chatterton no podía olvidarse de aquel pecio. Mientras contemplaba la grandeza ladeada del Doria, imaginó los secretos que los grandes naufragios ofrecen a quienes los observan con la mente. Regresó. La inmensidad del Doria lo abrumaba; un submarinista podía dedicar una década a realizar en él inmersiones de veinticinco minutos y no terminar de verlo todo. Volvió otra vez y le fascinó la sensación de estar dentro de lugares que ya no parecían lugares, de reconocer —en aquel vasto depósito— cosas minúsculas que habían significado algo para alguien. El Doria no tardó en correr por su sangre a tiempo completo. Mientras rastrellaba hojas o veía un partido de fútbol americano o caminaba por la sección de los productos lácteos del supermercado, Chatterton revivía sus experiencias en

el Doria. Poco a poco, sus ojos fueron reconstruyendo la totalidad de la escena, hasta que el mosaico de las distintas experiencias vividas a bordo de aquel naufragio formó una imagen única en su mente.

—Esto es por lo que buceo —le confesó a Nagle—. Esto es lo que quiero que sea el buceo.

Poco tiempo después, Chatterton ya recorría sectores del Doria donde nadie había estado antes, encontrando en ellos secretos que ni siquiera Nagle y sus compañeros de equipo habían hallado en sus días de gloria. Su reputación se propagaba como el viento entre las proas de los barcos de submarinismo a lo largo del litoral oriental. Y seguía aprendiendo de Nagle. Le maravillaba que este fuera capaz de crear imágenes en su mente, de imaginar cómo había sido un barco en su momento de máximo esplendor, de estudiar los planos de las cubiertas y las bitácoras de los capitanes, de meterse en la mente del oficial de navegación, de idear un plan de buceo que tomaba en cuenta la totalidad del barco cuando lo único que tenía para guiarse era una porción minúscula. Se asombraba cada vez que traía a la superficie artefactos oxidados e insignificantes de rincones ocultos del Doria y Nagle, tras examinarlos, adivinaba exactamente dónde los había encontrado.

Lo más importante era que ambos compartían la misma filosofía. Para ellos, el buceo tenía que ver con la exploración, con la búsqueda de lo desconocido. Había un montón de lugares a los cuales era imposible llegar en un mundo tan grande como el que veían Chatterton y Nagle, pero, por el amor de Dios, había que intentarlo. Era preciso hacerlo. ¿Para qué estar vivo —pensaban los dos buzos— si no era para intentarlo?

El día después de que Skeets le revelara el secreto, Nagle le pidió a Chatterton que se reuniera con él en el Seeker. Subieron al puente del barco, Nagle cerró la puerta y le contó a su amigo el relato de Skeets. ¿Qué podría haber en el fondo de aquel lugar? Estudiaron las diferentes posibilidades como si estuvieran repartiendo una baraja de cartas. ¿Sería un acorazado o un buque mercante de la época de la guerra? Casi imposible: los registros militares indicaban que había habido muy poca actividad en aquella zona durante las dos guerras mundiales. ¿Podría ser el Corvallis, un barco que, según se decía, Hollywood había hundido en los años treinta para rodar una película de catástrofes? Las probabilidades eran remotas: al parecer, los cineastas habían consignado un área muy amplia de filmación, que incluía la zona de pesca de Skeets, pero también varios cientos de kilómetros cuadrados de océano. ¿Y un vagón de metro? Asimismo, había una vaga posibilidad: la ciudad de Nueva Jersey los hundía a propósito para promover la vida marina, pero los lugares donde se encontraban estaban minuciosamente registrados.

Había otras alternativas menos románticas aunque más viables. Tal vez se trataba de un montón de rocas. Podría ser una barcaza sin valor. O, lo más probable, una vieja barca de transporte de basura; en el pasado, los ayuntamientos llenaban de desperdicios las goletas geriátricas, les cortaban los mástiles y las hundían en cualquier sitio. Nagle y Chatterton habían visto muchas de ellas.

Pero tal vez, solo tal vez, se tratase de algo grande.

Nagle propuso un plan. Él y Chatterton organizarían un viaje al lugar. Cada uno reclutaría a seis buzos de máximo nivel, tipos que pudieran soportar una inmersión de sesenta metros en territorio desconocido. No sería fácil: seis horas de ida y seis de vuelta en el frío aire de septiem-

bre. Cada buzo pagaría cien dólares para cubrir el combustible y otros gastos. No habría promesas. Otros capitanes ofrecían viajes secretos a sitios vírgenes, pero siempre eran fraudes; cuando uno se sumergía, encontraba la palanqueta anaranjada de un buzo reciente en algún viejo barco pesquero, y el capitán, sin vergüenza alguna, miraba a sus clientes a los ojos y les decía: «Lo siento, amigos, no tenía la menor idea». Nagle y Chatterton no eran así. Venderían su viaje tal como ellos lo concebían: «Tal vez no haya nada de valor, colegas, pero debemos intentarlo».

El viaje se planeó para el Día del Trabajo de 1991.³ Nagle y Chatterton llamaron a todos los buenos submarinistas que conocían. La mayoría de ellos rechazaron la invitación. Incluso algunos de los grandes, hombres que creían que se entusiasmarían con la probabilidad de dar con algo importante, se negaron a participar. «Prefiero gastarme el dinero en algo seguro en vez de en una fantasía absurda», fue la respuesta más habitual. Un buzo, Brian Skerry, le dijo a Chatterton:

—¿Sabes qué, tío? Nací demasiado tarde. Todos los naufragios realmente interesantes ya han sido encontrados. La era de la exploración ha llegado a su fin.

Así se presentaba el panorama en 1991. Los chicos querían garantías. Nagle y Chatterton siguieron intentando reclutar a gente. Por fin, justo cuando habían agotado la lista de conocidos, encontraron al duodécimo buzo. Chatterton estaba furioso.

—¡Nadie quiere explorar nada nuevo! ¿Qué demonios ocurre, Bill?

3. En Estados Unidos, el Día del Trabajo es el primer lunes de septiembre. (*N. del t.*)

Nagle, que por lo general se volvía grandilocuente cuando había que ser cauto, miró las cruces rojas en su lista de buceadores y le dijo a Chatterton, casi en un susurro:

—Estos chicos no tienen corazón de buscador de naufragios, John. Estos chicos no lo entienden.

Justo después de la medianoche del 2 de septiembre de 1991, mientras el resto de Brielle dormía, Nagle, Chatterton y los doce buzos que se habían inscrito en el viaje de exploración llenaron el Seeker con botellas de aire, escafandras, reguladores, cuchillos, linternas y un montón de aparatos diversos. Tardarían seis horas en llegar a las coordenadas de Skeets. Algunos se fueron a los camarotes a dormir. Otros se quedaron alrededor de la mesa, poniéndose al día y riéndose de lo estúpido que sería haber pagado para hallar solo una montaña de rocas. A la una de la madrugada, Nagle cotejó la lista de inscripciones con los pasajeros que había a bordo.

—Asegurad los equipos —les gritó a los que aún estaban despiertos.

Luego subió los peldaños hasta el puente. Chatterton dio la señal de pasar de la electricidad de la costa al generador. Las luces del interior del barco parpadearon, luego se encendieron unos poderosos focos de cuarzo que bañaron de blanco la cubierta posterior. Uno de los buzos desenchufó los cables de electricidad y la manguera de agua del muelle y desconectó la línea telefónica de tierra. Nagle encendió los dos motores diésel, que iniciaron una danza de protesta —cof-gruñido-pop-cham... cof-gruñido-pop-cham— por la interrupción de su sueño.

Chatterton sujetó las cuerdas.

—¡Amarra de proa, fuera! Amarra de popa... Sostenlo... Sostenlo... ¡Listo! —le gritó a Nagle.

Luego arrojó las pesadas cuerdas al muelle. El Seeker estaba listo. Nagle cambió la luz del puente a un rojo amortiguado, examinó la radio VHF, la radio de una sola banda, el Loran-C y el radar, y arrancó los motores de a uno, su método preferido para convencer con delicadeza a un barco de que se separe del muelle. Pocos minutos más tarde, el Seeker ya había pasado el puente levadizo del ferrocarril y dirigía su proa hacia el Atlántico. Lo más probable era que se estuvieran dirigiendo hacia una barcaza de basura. Lo más probable era que la época de las exploraciones hubiera quedado atrás. Pero, mientras el muelle de Brielle se desvanecía a sus espaldas, Chatterton y Nagle atisbaron promesas en el horizonte y, durante un momento, el mundo fue un lugar perfecto y justo.